

Metro

Misael Vargas



Capítulo 1

¿QUIÉRES UN PEDACITO?

Son las 11:35 de la noche, a esta hora los vagones del metro están casi vacíos, salvo algunas personas que cargan en sus ojos el mismo cansancio que el mío. Algunos se entregan al sueño por breves instantes, solo para abrir los ojos bruscamente e identificar si se han pasado de la estación en la cual deben bajar. Me encuentro sentado en el asiento reservado para ancianos y embarazadas, pero ¿qué más da? A esta hora hay muchos asientos disponibles. Trato de no cerrar los ojos, pues me conozco y sé que si permito que se cierren me hundiré en un profundo sueño y no bajare en la estación que me corresponde. Solo miro a través de las ventanas, marcos en perpetuo movimiento que me regalan bellas imágenes de la ciudad, con sus edificios y luces. Particularmente, siempre disfruto de ver el edificio de la cultura, con sus entramados de luces azules y rojas que dibujan bellas formas geométricas en sus grandes paredes. Tan hermoso que es el edificio en la noche, y pensar que hace muchos años hubo una gran masacre en las calles que lo rodean, ahí donde en mi corta vida he tenido algunos de mis mejores recuerdos... Sacudo la cabeza y pienso "en cuanto llegue a casa me tumbare sobre la cama, ivale madres que haya cosas por hacer!" Sólo veo mi habitación hecha un caos, en el olor de la ropa sucia que hay por todo el suelo, los libreros con mis novelas favoritas, el frio suelo que sentiré al quitarme los zapatos... De repente, llegamos a la estación que está cerca del zoológico, las puertas se abren, se escucha el rumor del exterior, ese ruido tan característico de la noche. Las puertas vuelven a cerrarse.

— Disculpen las molestias que les pueda ocasionar...— fue esa dulce voz la que me saco del todo de mis pensamientos. —Pero la verdad es...

Su voz se apaga, baja la mirada y se puede notar que se siente realmente incómoda. Una chica aproximadamente de mi edad, pelo castaño y ondulado, aunque sucio. Cómo tiene la mirada perdida en el suelo, no logro ver sus ojos, pero su piel es tan clara, tiene unas piernas tan definidas, y es tan delgada que podrías jurar que se ejercita. Lleva una chamarra gris raída, incluso rota en la parte de los codos y muñecas, eso claro, sin mencionar que se ve muy extraña con la falda de mezclilla que lleva, la cubre apenas por encima de las rodillas. Levanta la mirada, tímida, toma un poco de aire y suelta las siguientes palabras en una sola oración, sin pausas, casi como si fuera su último aliento.

—La verdad es que tengo muchísima hambre, no quiero dinero, solo algo de comer— Su voz se quebró en las últimas palabras, solo para dar paso a unos sollozos casi inaudibles, pero perfectamente distinguibles. Los

controlo casi al instante, y en un susurro de súplica dijo —por favor...

En el metro, es bastante común ver a gente pidiendo limosna, sea un “ciego” que sabe perfectamente donde está tu mano si la extiendes con una moneda, y que además tiene una suerte asombrosamente extraordinaria en cuanto a pasar “accidentalmente” tan cerca del trasero de cualquier chica bonita; o un padre desesperado por tener dinero para conseguir la medicina de su hijo que se está muriendo. La verdad es que la primera vez que ves a alguien suplicar de tal manera, puedes verte conmovido. Sin embargo, después de frecuentar la misma ruta, notas que el mismo padre, lleva 4 años pidiendo dinero para su hijo que está sumamente delicado. La verdad es que puedes verte conmovido por esas historias al principio, pero conforme pasa el tiempo notas que más de una persona ocupa las mismas palabras. En fin, si he de irme al infierno por dudar de la veracidad de las personas que piden dinero, no hay nada que hacer. Pero esta chica, fue totalmente diferente. Llevo 5 años viajando en el metro (claro, sin contar cuando viajaba con mis padres de pequeño) y jamás la había visto, incluyendo además, que se veía realmente incomoda. Pero lo que más me sorprendió fue que pidiera comida, solo eso. Comenzó a avanzar por el vagón a paso lento, esperando que alguien le extendiera la mano, Y así sucedió. Un viejo que iba acompañado de un pequeño de no más de 5 años, que además dormía recargado en sus piernas, le ofreció unas monedas. Pero la chica las rechazó.

—Es para que te compres algo hija.

La chica bajo la mirada —no es dinero lo que quiero señor, además, a esta hora ¿Dónde puedo comprar algo de comer?—

El anciano le sonrió y le dijo con una voz suave pero un poco ofendida —no importa, es lo único que puedo darte, ya mañana podrás comprar algo.

La chica solo estiro la mano y dio un “gracias” apenas audible. Yo me encontraba al fondo del vagón, por lo que pude observar todo su trayecto, y mientras avanzaba recordé que en la cafetería de la escuela compré algunas galletas y llevaba conmigo un poco más de la mitad de una botella de agua. Sin embargo decidí esperar a que llegáramos a la próxima estación, donde supuse cambiaría de vagón, esperaré a que bajara para darle mis galletas ya un poco desechas y el agua. La verdad es que no sabía que decirle cuando se las diera. Si lo hacía de este modo podría evitar un intercambio de palabras que podría resultar incómodo. Avanzó, pero el anciano fue el único que le ofreció algo. Aunque realmente solo estaban él, el pequeño que dormía en sus piernas, un par de señoras que iban platicando, un chico que tenía puesto sus audífonos e iba dormitando y un señor con traje y maletín. Ah claro, y yo también. El tren se acercaba a la próxima estación, ya se sentía como iba frenando poco a poco, en unos instantes las puertas se abrirían y ella bajaría. Pero

lo que hizo fue llegar hasta donde yo me encontraba, con la mirada siempre clavada en el suelo, quizá ya no esperaba que nadie en ese lugar le ofreciera algo. Frente a mi había un asiento disponible, ella se sentó y cruzó los brazos como si estuviera abrazando algo. El tren se detuvo, las puertas se abrieron, pero ella permaneció sentada.

Siendo sincero, siempre he sido alguien callado, no precisamente tímido, pero de poder evitar hablar con la gente, lo hago. Al ver que se quedó ahí sentada, con los ojos perdidos y abrazándose, no supe que hacer. Lo cierto era que tenía tiempo para pensar, pues yo debía descender en la estación de la plaza central, y para llegar aún faltaban 6 estaciones. No quería hablar con ella, ¿Qué le iba a decir? —“toma, eh...”— ¿sólo eso? Parecía absurdo, pero desde que entró y la escuché, me pareció escuchar una voz sincera, no importaba si su voz era dulce o no, aunque claro que lo era, no importaba si quería dinero, aunque no lo quería, su voz emitía una sinceridad que pocas veces puede escucharse. ¿Qué importaba si no sabía que decir? es más, podría solo darle las cosas y ser yo el que cambiara de vagón.

Con la idea en la cabeza, simplemente abrí mi mochila, saqué las galletas y el agua, el ruido de la envoltura no la sacó de sus pensamientos. Mejor aún. Así solo debía esperar a llegar a la próxima parada. Espere unos momentos, y cuando se pudo sentir como disminuía la velocidad, me puse de pie y me acerque de manera torpe, pero veloz. Extendí las manos y dije “toma”, ella solo levantó ligeramente la mirada, pero al instante pude ver como sus ojos se iluminaron. Brillaron aún más, pues en sus ojos había lágrimas o apenas el principio de algunas que quería brotar para recorrer sus mejillas sucias y caer. Esto realmente me impactó, ¿por qué lloraba? Las puertas se abrieron y esperaron pacientes a mi salida, mis piernas comenzaron el movimiento después de que ella tomó el paquete de 10 galletas, en el cual solo había dejado 6, y la botella. Estaba a punto de darme media vuelta y salir prácticamente corriendo, pero mi cuerpo se paralizó cuando ella dijo “gracias”. Las puertas se cerraron.

— De nada...

— De verdad, no sé cómo agradeceréte.

— No es nada, en serio—comencé a sentirme extraño, pero no quería irme.

— Claro que lo es, llevo 2 días sin comer nada.

— ¿Y sin beber nada tampoco?

— No, encontré una botella de refresco a medio terminar el otro día.

Sentí una enorme compasión por ella ¿en dónde la habría encontrado, en la basura, tirada en la calle, olvidada en una banqueta? Comenzó a desdoblar la envoltura de las galletas, y fue entonces cuando vi sus manos. Unas manos maltratadas, como las de quien ha hecho toda su vida trabajos duros, unas manos ásperas, arrugadas, y con un par de cicatrices en ellas. Soltó una risita, que pareció bastante inocente y natural.

— Están casi echas pedazos.

— Lo lamentó, es lo único que tengo.

— No, no te preocupes, son perfectas, además, son mis galletas preferidas.

— ¿De verdad?—pregunte sorprendido— Bueno, aunque seguramente no sabrán muy bien con el agua— De nuevo escuche como reía.

— Eso no importa— sacó un trozo de galleta y extendió su mano — ¿Quieres un pedacito?

Capítulo 2

CAIDA

No había señales de que él no volvería ese día. Todo siguió su rutina, despertó tarde, se dio un regaderazo y apenas si pudo prepararse una taza de café, con prisa se lo bebió aun cuando este le quemaba la lengua, tomó sus cosas, entró rápidamente al dormitorio y en la cama estaba ella, durmiendo, descansado después de una noche pesada. Ella trabajaba repartiendo cervezas en un bar de la colonia, recibiendo los halagos de aquellos borrachitos que vagaban acobijados por la noche. La luz de los primeros rayos de sol se coló entre las cortinas, acariciaron sus mejillas, blancas y delicadas. Él le plantó un beso enorme y rebosante de cariño y pensó "te amo". Ella siguió profundamente dormida mientras él salía disparado a la calle.

Él corría para alcanzar el tren vacío que mandaban a la estación cada 20 minutos. Agitado, respirando apresuradamente, sacó su cartera del bolsillo trasero del pantalón, encontró el boleto y paso por los torniquetes. Bajó de dos en dos las escaleras, llegó al andén y logró sobreponerse al pequeño grupo de gente que ya esperaba la llegada del metro. Se acomodó justo delante de todos, a unos centímetros de la orilla que asomaba a las vías. El caos era tristemente familiar, la gente corriendo para llegar a tiempo después de haberse despertado tarde, todo a causa de los desvelos de toda la noche, cada quien haciendo lo suyo. Corrían y empujaban, gritaban insultos frecuentemente, maldiciendo a aquellos descuidados que entre empujones se abrían paso, gritos histéricos, amenazas y el clásico "si no te gusta, vete en carro". Todo tristemente ceñido a un día común.

Revisó su reloj, 06:50, a esa hora ya tenía claro que no llegaría a tiempo. Asomó la cabeza en busca de los faros del bólido naranja que estaba por llegar a la estación, de no haberlos visto hubiera dado media vuelta para regresar a casa y dormir un poco más. Pero ahí estaban, aproximándose. Mientras tanto la gente se iba acumulando velozmente en el andén, fue entonces cuando sintió el peso en su espalda, en un principio distinguió la forma de una mano que se recargaba, luego esa forma se perdió para transformarse en un bulto cálido que lo desplazaba poco a poco hacia el borde. Vio las vías acercándose, escuchó los gritos de alguien que gritaba "¡pendejo, fíjate lo que haces!" y ese inconfundible sonido de un suspiro de terror. Sus pies se estorbaron el uno con el otro y ello no logró más que hacer que perdiera el equilibrio. Sintió el contacto frío de las vías, afortunadamente no tocó la parte electrificada de estas, pero ese brevísimo alivio, la euforia de no haber sido electrocutado por las líneas de voltaje, aquella esperanza de tener la oportunidad de volver a subir al andén antes de que el tren llegase desapareció de inmediato. Lo último que escucho fue el pitar del claxon del bólido naranja que le servía de

transporte todos los días. Pero quizá, ese día estuvo en el lugar indicado. Cerró los ojos y espero pacientemente, incluso podría decirse que en ese instante tan cortó, que no duró más de un segundo, se sintió libre.

Mientras tanto, en una estación anterior a la que vio la muerte de Carlos la gente seguían acumulándose, las quejas sobre el servicio se hacían presentes y comenzaron los silbidos, personas gritando "pinche servicio". Los que estaban hasta el frente del cúmulo de gente asomaban la cabeza y notaban que el tren estaba detenido a unos pocos metros de distancia del andén. Estando tan cerca se podía ver al encargado de los controles del bólide anaranjado y muchos le regalaban el dedo medio como saludo acompañados de gritos inundados de impaciencia. Por su lado, el hombre de edad avanzada que estaba tras los controles no sabía lo que pasaba, pero llevaba tantos años trabajando que fácilmente pudo hacer sus suposiciones. "Algún baboso se ha lanzado a las vías" pensaba mientras hacía crujir los huesos de sus dedos. No lo hacía por nervios o por impaciencia, era un simple hábito que él tenía. No le importaba en absoluto que alguien hubiera muerto. "si no mal recuerdo, con esta ya van 7 muertos en lo que va del año en toda la red del metro". Era el mes de marzo.

Tardaron poco más de una hora en retirar el cuerpo de Carlos y normalizar el servicio. No llevaba nada que sirviera para identificarlo, sus cuadernos de la escuela no estaban marcados con su nombre ni siquiera con la materia de la que eran. En su cartera no llevaba más que unos cuantos boletos del metro, una tarjeta con la imagen de un santo y apenas 30 pesos en monedas. Tampoco llevaba celular. La única explicación que se dio de manera pública a través de noticieros y redes sociales fue:

Hombre de aproximadamente 25 años de edad cae a las vías hoy a las 7:00 a.m. (aprox.) No se ha podido identificar al sujeto. El servicio se vio afectado pero se normalizo casi en seguida. Elementos de la policía ofrecen transporte por rutas alternas a los afectados por el incidente.

Pasaron otras 3 horas antes de que Lucero empezara a despertar después de una velada tan cansada como todas las demás. Se preparó el desayuno, arregló un poco la casa y se metió a bañar. Por suerte para ella ese día ella entraba a las 2 de la tarde a sus clases de regularización. Así que tenía tiempo. Salió de bañarse, tomó su celular y reviso su Facebook. Tenía un Mensaje de Antonio, un chico que conoce desde hace un par de años y que casualmente es su vecino. < ¿Ya se fue? > Ella sonrió y simplemente escribió < Si. > Pasados apenas unos minutos escuchó que alguien llamaba a la puerta, ella la abrió sin preguntar quién era. Antonio entró, le sonrió y cerró lentamente la puerta tras de sí. Tomó a Lucero entre sus brazos, la levanto para plantarle un enorme beso y ella respondió rodeando su cintura con las piernas. No perdieron el tiempo y

entraron a la casa.

Mientras todo sucedía ella tuvo un remordimiento fugaz por seguir viendo a Antonio aun después de que Carlos ya estaba enterado y ella le prometió jamás volver a hacerlo. Pero la verdad era que, aun cuando vivían juntos, casi nunca se veían. Ella iba a regularizarse todas las tardes para posteriormente terminar la prepa y entrar a la Universidad. Trabajaba en las noches y llegaba a dormir y solamente en ocasiones le dedicaba un beso en la mejilla a Carlos mientras dormía. Por su lado, él estudiaba en las mañanas, trabajaba en la tarde y se desvelaba haciendo toda la tarea para su carrera. Ya no era lo mismo, aun viviendo juntos estaban francamente separados.

Sentía la respiración de Antonio en su cuello y ese excitante calor que desprendía su cuerpo. Cuando todo hubo terminado y recogían sus ropas él preguntó, como para no quedar encerrado en la monotonía del sexo.

— ¿Te enteraste de que alguien se aventó a las vías del metro esta mañana?

— No — Dijo ella un tanto distraída

— Cuando lo vi en face supuse que él seguiría aquí, ya sabes... el servicio se detuvo cómo por una hora y pensé que le daría pereza ir después de perder su primera clase.

Lucero se quedó pensando un instante, conocía a Carlos y sabía que efectivamente, si el metro hubiera tardado tanto tiempo en avanzar, el preferiría regresar a casa.

— Quizá se subió antes de que eso pasara, lo que importa es que no está aquí— respondió mientras terminaba de arreglarse el cabello—, apúrate que también a mí se me hará tarde y hoy tengo examen.

Salieron de la casa, estando en la calle terminaba cualquier mínima caricia o beso, simplemente se despedían. Ella se fue caminando hasta llegar a la estación donde horas antes estuvo Carlos. Todo estaba como siempre, el mar interminable de personas se había secado. Estaba ahí, parada esperando al metro, pero Carlos no salía de su mente, ese remordimiento efímero se hizo cada vez más insistente, no sabía porque después de tantas veces, justo ese día, la culpabilidad se había hecho presente. El metro llegó desfilando sus vagones, entró sin prisa y bajo apenas tres estaciones más adelante. Algo no iba bien, se sentía mareada y un leve, pero de verdad molesto, hormigueo le recorría el cuerpo. Siguió su camino, presentó el examen apenas concentrada. Se presentó a trabajar y de la misma manera se notaba distraída e incluso torpe, en varias ocasiones estuvo cerca de tirarles encima las bebidas a los clientes. Su jefe se dio cuenta, era una buena persona, la llamó y le dijo que si quería

irse temprano esa noche lo hiciera, que no se preocupara por el sueldo, no le descontaría el día pues era una buena empleada. Ella le tomó la palabra y regresó a casa. Carlos no estaba ahí.

Capítulo 3

MARQUITO

— Estoy cansado mamá...

— Que hoy no vayas a la escuela no significa que vas a estar de huevón todo el día— me responde mientras en los pequeños costales de lona blanca mete las ultimas cajas de pastelitos de chocolate.

— Pero no te voy a ayudar en nada—digo para intentar zafarme— Sólo te voy a estorbar.

— Ya te dije que tienes que ir, no rebuznes.

No somos lo que se dice pobres, pero tampoco tenemos el dinero como para comprarnos todo lo que queremos. Mi papa trabaja vendiendo tacos de carnitas fuera del metro, mientras que mi mamá tiene un pequeño espacio en el suelo dentro de la misma estación en la que trabaja mi papá, donde vende dulces, entre los cuales mis favoritos son los pastelitos de chocolate. Para mi mala suerte hoy no hay clases y tengo que acompañarla a vender. Es realmente aburrido, nunca pasa nada interesante. Además, la gente siempre nos ve feo y a veces nos insulta. No me gusta que le griten groserías a mi mamá, pero sólo tengo 7 años y ella dice que no me meta, que si lo hago lo más seguro es que me peguen. Pero de todos modos me da muchísimo coraje.

Una ocasión mi mamá estaba poniendo su lonita en el pedacito de suelo donde le toca vender, mientras acomodaba los dulces un señor grandote y con cara de malo pasó corriendo y piso los dulces que ya estaban acomodados (por suerte no fueron los pastelitos de chocolate), mi mamá no dijo nada, pero el señor resbaló, así que comenzó a insultar a mi mamá, yo cómo siempre no dije nada y solo apreté los puños; pero al señor no le bastó con gritar de groserías, empezó a pisotear los dulces y por poco iba a pisar a mi mamá. No paso mucho tiempo para que llegaran unos policías y lo tranquilizarán. Ellos usualmente son buena onda con nosotros, pero como esa vez el señor empezó decir que los comerciantes ambulantes no están permitidos en el metro, le dijeron a mi mamá que nos fuéramos, que no podíamos estar ahí estorbando el paso. Ese día mi mamá no vendió nada.

Como dije, los policías suelen portarse muy bien con nosotros, no nos dicen nada sobre quitarnos y muchas veces van y nos compran algo, no solo a mi mamá sino a todos los que ahí están en sus lonitas vendiendo. Cuando he ido nunca ha pasado nada de lo que a veces mi mamá dice que pasa, que a veces un policía muy amigo de todos llega gritando y avisándole a todos que ahí viene el jefe. Dice que cuando eso pasa, todos

agarran rápido las lonitas y se echan a correr. Todo según porque si te agarra el jefe de los policías te meten a la cárcel, pero que eso no es lo peor, que hay veces en las que alguien no es tan rápido y lo agarran, pero en lugar de sólo llevárselo, empieza una pelea. Muchos dicen que es culpa de los policías, otros dicen que es culpa de los vendedores. Me platica que a ella le da mucho coraje ver a la gente que viaja en metro sacando sus celulares para grabar, gritándole a los policías que son unos manchados, que no se los lleven, que deberían estar atrapando a los rateros en lugar de estar pasándose de culeros con los vendedores que no hacen nada. Pero que le da ese coraje porque eso pasa nada más cuando ven algo así, pues en un día normal donde los policías no están queriendo llevarse a un vendedor, son los que viajan en el metro los que insultan a los vendedores, los que se quejan porque están estorbando. Si me preguntan a mí, la verdad es que creo que todos están locos. Sólo estamos trabajando. Y por suerte mi mama siempre ha sido muy rápida.

Mientras llegamos a la estación donde mi mamá vende sus dulces me dice

— Ya sabes Marquito, no te alejes mucho y no molestes a la gente.

— Si mami— Le digo mientras le ayudo a sacar los paquetes de dulces y veo las cajas de pastelitos— ¿me puedo comer uno?

— Si ándale— me dice sonriendo.

Tomó un pastelito y ya puedo saborearlo —Gracias mami.

Terminamos de acomodar los dulces y mi mama se sienta en un banquito que lleva siempre para no cansarse de estar parada, yo ya puedo disfrutar de mi pastelito y como no me gusta estar ahí quieto sin hacer nada, me voy a dar unas vueltas por la estación. A veces salgo de la estación para ver a mi papa que siempre anda apurado atendiendo a los clientes, les da sus tacos y les pasa los refrescos. El puesto de mi papá está hecho de tubos y como techo tiene una lona de color blanca. Antes mi mamá no me dejaba salir de la estación porque tenía que comprar otro boleto para entrar. Pero el policía que vigila los torniquetes ya me conoce, siempre me deja pasar por una puerta de metal que sólo él puede abrir. Siempre me dice que salude a mi mama de su parte, a veces me ha dado sobres para que se los entregue. No sé si siempre son cartas lo que hay dentro de los sobres, pero mi mamá siempre los recibe sonriendo. Una vez vi que después de recibir una carta, la leyó y después fue al bote de basura y la tiró, en otra ocasión el sobre era muy gordo y vi que mi mamá sacó un celular, era viejito pero servía. Cuando le pregunté porque el señor le regalo un celular me dijo que era porque estaba loco, y rio un poco nerviosa. Nunca supe que pasó con el celular.

Mientras me paseo por la estación una viejita me habla, es doña Mary, una señora un poco gordita y muy amable que vende plumas y libretas, siempre me pregunta cómo me va en la escuela, me dice que le eche ganas para llegar a la universidad como mi hermano. Hoy me hablo al ver que estaba comiéndome mi pastelito.

— No comas muchos pastelitos Marquito, o vas a terminar como yo—dijo mientras acariciaba su panza y reía muy fuerte

— No me importa estar así de gordito, un gordito feliz— dije sonriendo y ella estallo en carcajadas— Pero de todos modos le haré caso, dice mi mamá que comer mucho dulce te enferma.

— Y tiene razón— Se secó las lagrimitas que le habían salido por reír tanto, y después me dijo— Mira lo que tengo—detrás del bote vacío de pintura que ocupaba para sentarse sacó lo que parecía ser una historieta— para que leas un ratito— Era una historieta de Memin Pinguin, un niño negrito que a mí me daba muchísima risa.

— Gracias doña Mary.

— De nada Marquito.

Platicamos de lo de siempre, de la escuela, de cómo le iba a mi hermano en su trabajo ahora que era arquitecto, de cómo iban las cosas en mi casa, etc. Cuando terminamos de platicar me fui corriendo para enseñarle la historieta a mi mamá que estaba dándole el cambio a un chico que le compro unos dulces a una niña muy bonita que al parecer era su novia. Cuando mi mamá vio la historieta me sonrió y me dijo que debería ponerme a leer, que si quería fuera con mi papá. Yo no me animé a ir, ese día estaba haciendo muchísimo sol y no quería salir porque no me gustaba sentir que me quemaba. Por eso decidí irme a una pared en la que se podía estar muy bien, y no estorbabas a nadie, mucha gente siempre iba ahí a esperar a alguien a quien hubieran citado, estaba justo debajo de un reloj que nunca estaba a la hora o simplemente no servía. Esta pared no estaba muy lejos de donde mi mamá estaba con sus dulces. Comencé a leer.

Cuando me divierto, el tiempo pasa volando, no me canso de las tonterías de ese negrito que era muy tonto pero también tierno. Siempre que leía sus historietas reía a carcajadas. También me di cuenta, muchas veces, que la gente que bajaba del metro se me quedaba viendo de manera muy extraña. Siempre me gusta pensar que me ven con admiración, soy un pequeño niño que disfruta leer, otras, también me gusta creer que seguramente piensan, por mi ropa un poco vieja, que soy un niño de la calle y que no tengo futuro. Tal vez sea un poco raro, pero me gusta que crean eso porque yo sé que no es así, que mis papas trabajan mucho para que sea igual que mi hermano y termine trabajando en otra cosa que no

sea esto. Siempre me repiten que es muy pesado, además dicen que nosotros merecemos lo mejor. Nos quieren mucho, por eso siempre le echo ganas a la escuela, aunque no quiera venir a trabajar, tal vez porque sé que nunca estaré aquí cansándome de estar sentado, hartándome de recibir insultos, y sin la necesidad de correr para que no me metan a la cárcel.

Las historietas de este negrito no son muy largas, pero como esta me gustó mucho, la quise leer de nuevo ni bien apenas la termine. Estaba muy concentrado en volver a ver los chistecitos de Memín, que no vi cuando un policía pasó corriendo frente a mí. Lo único que escuché fue el grito que tantas veces me platicó mi mamá. “¡Ahí viene el jefe!” Al escucharlo me levanté de un brinco y fui a donde estaba mi mamá. La gente ya había empezado a juntarse y no me dejaban pasar, tuve que abrirme paso por entre las piernas de la gente, y no estoy seguro si fue por el alboroto o por maldad, que algunos me empujaron e incluso recibí un par de patadas. Cuanto por fin pude llegar hasta donde estaba mi mamá, frente a ella había un policía muy gordo que llevaba una boina que lo distinguía como el jefe. Cuando mi madre volteó a verme no me atreví a dar un paso más, me congelé en el momento. El policía pateó los costalitos donde guardábamos las cajas de los dulces.

— Pero que necios son ustedes, no entiende que no pueden estar aquí ¿Verdad?

Tomó a mi mamá por las muñecas y jaló de ella muy fuerte. Siempre he visto que le dicen cosas feas, pero jamás le habían puesto las manos encima, no me importó que se tratará de un policía y muy enojado fui y le solté una patada en su pierna que parecía no caber en el pantalón. Él gritó y se giró bruscamente, pero tardó un poco en bajar la mirada, al verme se puso a reír y de un empujón me apartó del lugar.

— Vete de aquí chamaco— dijo y volvió a poner su atención en mi mamá.

Yo quería romperle la cara, e iba a empezar a insultarlo porque aun cuando soy un niño pequeño, nunca me va a gustar que maltraten a alguien, mucho menos si es mi madre. Pero antes de que pudiera hacer lo más mínimo, la gente empezó a insultar al policía, muchos tenían su celular en la mano y empezaron a gritar que bajo que acusación se llevaban a mi mamá, que era abuso de poder, alegaban por ella, le decían a mi mamá que gritara su nombre y apellido, protestaban y decían que en lugar de estarse llevando a una pobre mujer deberían estar haciendo su trabajo buscando a unos pobres estudiantes. Esta última parte no la entendí, pero decían que estos estudiantes ya llevaban meses desaparecidos y nadie hacía nada. Era un caos completo, pero antes de que se saliera de control y empezarán a darse los primeros empujones e incluso algunos golpes, sentí como unas manos me jalaban hacía atrás y

me apartaban de ese desastre.

— Sal de aquí—me decía una chica de más o menos unos 20 años.

— Es que... — dije con la voz muy agitada y ya con ganas de llorar, a mi mamá ya no la veía por ningún lado. — la señora que se quieren llevar es mi mamá

La chica abrió los ojos muy grandes.

— ¿Y tu papá?— me preguntó muy alterada.

— El vende tacos afuera.

— ¿El de carnitas?

— Si, si, él es.

— Espérame aquí.

Se fue corriendo y subió las escaleras, yo no encontraba a mi mamá en medio de toda la gente que ya estaba empujándose y gritando. Pero lo que me daba seguridad, es que toda esa gente desde el principio la rodeo junto con el policía, así que si seguían ahí gritando y peleando supuse que mi mamá estaba justo en medio de todo eso. Quería acercarme, pero pensé en que si lo hacía, cuando la chica regresara no me encontraría, y si mi papá venía con ella se preocuparía más, bastante problemático era todo lo que le estaba pasando a mi mamá, como para que además no encontraré a su hijo.

Puse mi atención en las escaleras, no sé cuánto tiempo había pasado desde que todo comenzó, pero no creo que haya sido mucho. Vi bajar al policía de los torniquetes y eso me calmó un poco.

— ¿Dónde está tu mamá?— me preguntó cuándo me vio

Yo solo señale al grupo que seguía enardecido.

— Espérate aquí Marquito, y no te preocupes, tu mamá es una amiga muy quería mía, haré lo que se pueda para evitar que se la lleven.

Me sentí un poco más tranquilo, pero la verdad, esto que me dijo el policía de los torniquetes no me agrado del todo, no era lo que más importaba. Seguí esperando a que la chica bajara acompañada de mi padre, pero no fue así. Creo que pasaron unos minutos antes de que volviera a ver a la chica, me buscó con sus ojos ya llenos de terror.

— ¡Allá afuera está pasando lo mismo!— me grito cuando me encontré, se acercó corriendo a mí y me tomó por el brazo—creo que están haciendo un operativo porque quieren quitar para siempre a todos los ambulantes.

No entendí a que se refería con un operativo, quería llorar, pero era porque tenía mucho coraje, si hubiera pateado de nuevo al policía, si pudiera haber hecho que soltara a mi madre ahorita quizá estaría conmigo e iríamos a ver lo que sucede con mi papá. La chica me observaba.

— Debes decirme si conoces a alguien que te conozca y pueda cuidarte hasta que encuentren a tus papás.

La primera imagen que me vino a la cabeza fue la de doña Mary, pero cuando volteeé al lugar donde se supone que ella debería de estar, estaba completamente vacío. Tal vez la atraparon, o quizá, aun siendo tan gorda fue rápida y logró irse. Después pensé en el policía, él dijo que ayudaría a mi mamá.

— Un policía que siempre está en los torniquetes— le dije ya con lágrimas en los ojos

— Bien ¿Dónde está?

Le iba a decir que fue a meterse en el conflicto para ayudar a mi mamá, pero lo que vi hizo que me quedara mudo de inmediato. La gente empezaba a dispersarse, el policía gordo estaba arañado de la cara, pero aun así caminaba con una actitud que volvió a encender un enojo muy fuerte en mí, tras de él iba el policía que cuidaba los torniquetes, tenía a mi mamá sujeta por las muñecas. Mi madre parecía ida, tenía sangre escurriéndole desde la frente, tenía los ojos entrecerrados, pero en cuanto me vio los abrió y alcancé a escuchar que decía.

— Esta en la siguiente estación— y sus ojos cayeron pesadamente.

Cuando intente acercarme al policía de los torniquetes, este me empujó muy fuerte y la chica lo insultó. No entendía lo que estaba pasando, subieron a mi mamá por las escaleras y desaparecieron.

— ¿Ese él es policía que decías?— me preguntó la chica.

— Sí.

La chica me abrazó, cómo quien quiere proteger a alguien o simplemente darle a entender que no está sólo. Cuando se me soltó, me miro a los ojos y en sus ojos vi un miedo que al parecer también se veía en los míos. “¿Y ahora qué?” era la pregunta que seguramente los dos teníamos en mente.

— Dijo que estaba en la siguiente estación—balbuceé

— ¿Quién?— pregunto ella con una voz quebrada.

— No lo sé.

La chica soltó un gran suspiro y me pidió que la siguiera, por todo lo que había hecho se ganó mi confianza y no tuve problemas en seguirla. Fuimos al andén y esperamos a que pasara un metro. Subimos y ella no me soltaba en ningún momento, sus dedos suaves y un poco fríos lograban tranquilizarme muchísimo... solo espero que mi mamá se haya referido a la señora Mary.

Ella tiene que estar ahí.

Capítulo 4

SÓLO UNA FOTO

Estaba lloviendo a cantaros mientras Andrea corría tapada apenas por su bolso. Los charcos que pisaba hacía que sus pies se hundieran y sus zapatos quedaran empapados, por suerte no eran de tacón. Lo peor de todo esto, era que llevaba puesto un vestido que apenas le cubría poco menos de un palmo arriba de las rodillas, y que estaba acompañado de un escote un tanto generoso que dejaba al descubierto las curvas de los senos. Si no tenía una sombrilla, o algún suéter, era porque durante toda la semana pasada los días se habían caracterizado por un sol bastante intenso. Tan fuerte era el calor que nadie salía a la calle a no ser que fuera realmente necesario, incluso por las noches si prestabas atención, se podía escuchar el sonido de miles de ventiladores encendidos, pues nadie dormía a gusto mientras la temperatura los hacía sudar en lugar de permitir el sueño. Pero justo esta noche se soltó una lluvia que quizá sea mejor llamar monzón.

Entró empapada a la estación del metro, que por la misma lluvia, ya estaba afectada la velocidad de los trenes, claro sin tomar en cuenta que de por sí el servicio del metro desde hace algunos años ya no es tan eficiente. Pero eso es lo que menos importaba a Andrea, quien apenas pudo estar en un lugar seco comenzó a temblar por el frío que ahora sentía. Maldecía al clima en su mente pues no podía hablar, sólo tiritaba. Miró su celular para consultar la hora, pero este no funcionaba porque estaba completamente ahogado, enojada, miró al reloj de la estación. Eran las 10. Esto la frustró, pues ya iba tarde para encontrarse con Manuel, y ahora como extra, estaba totalmente empapada. Frotó sus brazos para intentar calentarse un poco, pero resultaba inútil, el aire que se colaba a la estación era tan frío que era casi congelante.

Estaba tan concentrada en cómo reducir ese frío que le hacía temblar hasta los huesos, que no se percató que la estación está prácticamente desierta. Espero pacientemente a que el tren llegara y caminaba constantemente. "Necesito estar en movimiento" pensaba. Cuando por fin hubo llegado el tren fue cuando se dio cuenta de que extrañamente estaba todo muy vacío. En los vagones no había mucha gente, apenas unas cuantas personas sentadas en los asientos. Antes de entrar echó un vistazo en derredor y era lo mismo. Apenas un par de chicos que también estaban empapados. Por la hora que era le resultó bastante extraño, era cierto que a esta altura de la noche no había mucha gente en el metro, pero que hubiera tan poca también era bastante raro. Le atribuyó este fenómeno a la lluvia torrencial y se subió. Se sentó y esperanzada esperaba que el tren avanzara rápidamente para así llegar lo menos tarde que le fuera posible. Deseaba marcar a Manuel o por lo menos enviar un mensaje, pero su celular estaba definitivamente muerto. Recordó que si

desarmaba el celular y dejaba que la pila se secase un poco por separado, posiblemente su teléfono reaccionaría. Decidió intentarlo y cuando lo hubo desarmado dejó las piezas en el asiento que tenía a lado, en fin, no creía que nadie lo fuera a ocupar.

El tren seguía sin avanzar, ella se desesperaba cada vez más. Levanto la mirada para volver a echar un vistazo al reloj, este ahora marcaba que eran las 11 de la noche. —“no es posible— se dijo a sí misma—, es totalmente absurdo”— Vio que en el vagón sólo iba acompañada por un chico que parecía agradable. Pelo oscuro, moreno y complexión un tanto atlética. Se animó a preguntar por la hora.

— ¡Oye!— dijo casi con un grito —¿me podrías dar tu hora?—pero el chico no respondió.

Un poco alterada se levantó y se acercó a donde se encontraba. Estaba dormido. Ella levanto los ojos hasta ponerlos en blanco y soltó un suspiro. Resopló y comenzó a agitarle el hombro.

— Vamos chico, necesito saber la hora— le dijo mientras lo agitaba.

Parecía no reaccionar y estar perdido en un sueño bastante profundo. Las puertas se cerraron y el metro comenzó a avanzar de manera lenta pero fluida. Andrea ya totalmente desesperada regresó a su asiento.

Estaba revisando la pila y la agitaba frente a ella como a un abanico con la intención de secarla. Le soplabla a la pila y al celular. De pronto el tren se detuvo justo a mitad de camino. “Debe ser una maldita broma” pensó mientras miraba por la ventana.

El chico reaccionó ante la parada tan abrupta del tren, se talló los ojos e intento buscar algo que le indicará en donde estaba, al ver a la chica intentando hacer que su celular funcionará sonrió.

— Disculpa... ¿en dónde estamos?— le dijo con una voz perezosa. Ahogando las últimas palabras con un bostezo.

— Recién salimos de la estación de la Plaza Ara—respondió Andrea sin prestarle mucha atención— de verdad que te pierdes de sueño...

El chico rio brevemente, ya un poco más despierto se levantó del asiento, se estiró un poco y se acercó a Andrea.

— ¿Qué pasa?

— Pues que mi celular se ahogó por la lluvia. Es horrible, tengo una cita y no tengo con que comunicarme—una idea repentina le cruzó por la

mente— ¿Podrías regalarme una llamada?

— Jajá, vaya espera un momento, ¿no crees que vas demasiado rápido?— le dijo él.

No se había fijado en el vestido de la chica porque aún estaba afectado por el sueño. Pero en cuando lo hizo, lo primero que atrajo su atención fue el escote tan generoso que tenía. Algo despertó en su entrepierna.

— Puedo prestarte la llamada, pero ¿que gano yo?— dijo ya con una mirada francamente lasciva. Pero Andrea pareció no darse cuenta.

— Venga, no me salgas con eso, ya estoy un poco molesta— le respondió, no porque sintiera la perversidad que emanaba esa mirada, sino porque realmente desde que comenzó la lluvia todo marchaba mal.

— Tranquila, quizá si no quieres hablar ahora, tal vez a cambio puedas darme sólo tu face o tu número

— De acuerdo— dijo ella más tranquila, y un tanto seducida porque al poner más atención al chico que tenía en frente se encantó con los ojos castaños y lo encontró atractivo. —Pero primero dime cómo te llamas.

— Saúl— le contestó mientras sacaba su celular de la bolsa de su pantalón— ¿y tú?

— Andrea— respondió mientras recibía el celular—.Gracias

Marco el número de Manuel que sabía de memoria. Pero al marcar la tecla para llamar el celular en seguida le indicó que no había señal. Ahora sabía que aun cuando su celular se pudiera recuperar no tendría señal. Esto la molesto bastante, tanto que estuvo a punto de arrojar el celular. Se detuvo a tiempo.

—Lo siento— dijo apenas— pero es que no hay señal.

— Que mala suerte— dijo el chico, recibiendo el celular— Espero que aun así puedas darme tu número, sinceramente eres muy bonita.

— Gracias.

Se sonrojó y bajó la mirada un poco.

Ahora bien, podrá surgir la pregunta de porque Andrea se dirigía al muchacho con tanta confianza, aun cuando la situación era bastante inusual. Estaba aislada en el vagón de un tren que estaba detenido justo a la mitad de su trayecto, sólo con un chico. La cuestión es que ella ya tenía 26 años, durante toda su vida fue una chica bastante agradable, que si

bien no desconfiaba de nadie, tampoco era tonta y sabía defenderse ya que creció junto a dos hermanos mayores que jugaban de maneras un tanto agresivas con ella. Cosa por la cual no tenía problemas con entablar conversaciones con desconocidos. Siempre se sintió segura de poder manejar lo que se le presentara.

Apenas habían pasado un par de minutos desde que el tren se detuvo. Pero comenzaba a reanudar su marcha.

— No es más que la verdad— dijo Saúl. Al ver que el tren avanzaba miro por la ventana.

— Bueno, antes de darte mi número me gustaría conocerte un poco más— dijo ella con pleno interés.

— No creo que haya mucho tiempo, ya casi llegamos a la siguiente estación.

— No te preocupes, aún faltan 2 estaciones para que me baje— Le respondió mientras con sus dedos desenredaba su cabello—, y si esta cosa sigue avanzando así de lento... habrá tiempo.

Al escuchar esto, Saúl, muy discretamente, escaneo la forma en la que ella iba vestida. El vestido era muy bonito, no estaba seguro si era porque estaba completamente mojado pero se pegaba y amoldaba muy bien el cuerpo de ella, además, se podían ver muy bien las piernas bien torneadas. El calor en su entrepierna creció aún más.

— Me parece muy bien, pero antes debo hacer algo que un verdadero caballero hubiera hecho desde el inicio.

Regresó a su asiento donde había dejado abandonada una pequeña mochila, la abrió y de ella extrajo una sudadera de color negro. Regresó junto a ella y se la puso a manera de capa.

— Vaya... no sé porque dices no ser un verdadero caballero, me siento halagada— dijo ella entre risitas.

El tren por fin llegó a la siguiente estación que se encontraba igual de desierta que la anterior. Sólo abordo un hombre de aproximadamente unos 40 años, sentado casi hasta el otro extremo del vagón. Pero desde que subió iba mirándolos fijamente. Ninguno se percató de ello. La plática se centró principalmente en conocer uno del otro las cosas básicas, gustos musicales, películas, pasatiempos etc. Algo que llamo muchísimo la atención de Andrea fue que él dijo ser un coleccionista empedernido, pero en cuanto hubo dicho eso parecía haberse arrepentido en el acto. Sin embargo Andrea decidió no insistir. El tren avanzaba igual de lento que desde el principio y no le sorprendió a ninguno de los dos cuando este

volvió a quedar detenido a mitad del trayecto entre estaciones.

—Si esto sigue así, definitivamente no llegare con Manuel.

— Vaya, con que así se llama el afortunado— Saúl volvió a sacar el celular— ¿A qué hora se verían?

— A las diez y media más o menos—respondió y además recordó que no había visto la hora— Por cierto, ¿qué hora es?

— Hmmm... ya vas tarde, son once con cincuenta.

Andrea abrió los ojos y una expresión de miedo se apoderó de ella.

— No puede ser... no...

— Ja, ja, ja... Tranquila... sólo bromeo...— dijo él secándose los ojos— la verdad no sé qué hora sea, pero mira—le mostró el celular—, es muy extraño, el reloj marca que son las 4 de la mañana, esta cosa se reconfiguró...

Fue hasta este punto donde Andrea ya comenzaba a sentir que algo extraño pasaba, no era normal que el metro estuviera tan vacío, ni siquiera con tanta lluvia, los relojes estaban desconfigurados siempre en las estaciones y jamás marcaban la hora exacta, pero ahora que tampoco podía saber la hora a través del celular de Saúl, un escalofrió la recorrió. Su terror se vio aumentado al darse cuenta que el hombre que había subido en la estación anterior los miraba fijamente y no dejaba de hacerlo.

—Saúl...

— ¿Qué?

Ella señaló al señor, quien al verse descubierto se levantó de su asiento y se dirigió rápidamente a ellos. Era un hombre un poco robusto, pelo cano y una barba abundante, mientras corría respiraba con la boca abierta y se podía ver que le faltaban algunos dientes. Llegó hasta donde estaban ellos y se lanzó sobre Andrea sin dar espacio a que Saúl hiciera algo.

— ¡Quítese de encima!— gritó ella mientras con los ojos buscaba a Saúl para pedirle ayuda.

Lo que sucedió a continuación fue tan rápido que Andrea no logró comprenderlo. Las manos del hombre eran grandes y ásperas, no tuvo ninguna duda de que estas tenían la intención de rasgar el vestido y llegar a la piel de su cuerpo. Hubo un leve forcejeo donde Andrea sintió como sus uñas arrancaba pequeñas tiras de piel del rostro del hombre. Pero

evidentemente la fuerza del hombre fue mayor, sentía como su vestido se estiraba e incluso escucho ese sonido de las costuras reventando. Pero cesó de inmediato, Saúl había sido arrojado por un empujón del señor y su cabeza había golpeado en el borde de un asiento, lo que logró que se mareara. Pero cuando se sobrepuso, Saúl le dio al hombre un puñetazo justo en la nuca, lo que hizo que este se desvaneciera un poco. Cuando Andrea sintió que el hombre cedía, reunió todas sus fuerzas y aparto al hombre, se levantó en seguida y no esperó a ver que sucedía, el hombre yacía de rodillas en el suelo sobándose la nuca, ella aprovechó para soltarle una patada en la cara. Al recibir el impacto, el viejo se tumbó en el suelo, no estaba inconsciente, pero el dolor le impedía moverse. Saúl también hizo lo propio y le propino un buen par de patadas. El tren comenzó a avanzar de nuevo, muy lentamente.

— ¡Maldito loco!— Le gritó ella mientras con la mano sostenía uno de los tirantes del vestido que se había roto, sin duda era el sonido que Andrea escuchó.

Saúl levantó la mirada, pero no era una mirada de alguien amistoso, en esos ojos que hipnotizaron a Andrea en un principio ahora había algo muy siniestro. Andrea lo notó y retrocedió casi por instinto. Estaba lista para defenderse si era necesario. Aunque después de lo que acaba de suceder, no estaba segura de tener la fuerza suficiente. Tenía el rostro enrojecido, y respiraba con dificultad.

— Venga hermosa, no te voy a hacer nada. Soy incapaz de hacerte algo. Ven...— Metió la mano a la bolsa del pantalón y sacó el celular— justo ahora luces más hermosa que antes, sólo quiero una foto tuya.

— ¡Aléjate!— grito ella mientras retrocedía. —Tú también estás enfermo, maldito perverso.

Sintió algo frío en su espalda, había llegado hasta el fondo del vagón, no había a donde más ir.

— Si, yo sé que tienes miedo...—levantó el celular y ella entendió que iba a tomarle la foto— Pero así es como quería verte.

A continuación escuchó el sonido de la cámara del teléfono al tomar la fotografía. Él sólo reía, se repitió el sonido, evidentemente quería tener varias fotos. Ella pese a sentirse aterrada, respiró profundamente y decidió que no le daría el gusto de hacerlo, se lanzó contra él, pero de pronto notó que no puso la más mínima resistencia. Quedo despatarrado en el suelo tras el empujón, pero reía sin parar. Ella tomó el celular que había caído a pocos centímetros de donde estaba Saúl, y al ver que el tren por fin llegaba a la estación, que además era donde la estaría esperando Manuel, corrió para tomar su bolsa y salió disparada del vagón. Chocó contra varias personas que estaban en el andén, todas igual de

empapadas que ella, buscó desesperadamente a Manuel pero no lo encontró. Tuvo la sensación de que alguien la estaba siguiendo pero al voltear la cabeza se dio cuenta de que no había nadie tras de ella. El señor que inició el ataque y Saúl no estaban en el vagón. Simplemente habían desaparecido.

Al ver que tanta gente estaba rodeándola se sintió más segura, muchos habían subido al tren que estaba vacío, pero muchos otros decidieron esperar a que llegara otro tren igual de vacío. Intento tranquilizarse y supo que lo primero que tenía que hacer era llamar a Manuel. Buscó uno de los teléfonos públicos instalados en la estación. Saco de su bolsa la cartera y deposito los 5 pesos que se cobraban por llamada. La llamada entró y Manuel le respondió.

— Que pasa Andy, te estuve esperando pero...

— Lo sé, pero paso algo horrible y...

— ¿Estas bien?— la interrumpió alarmado— me fui casi en seguida porque pensé que no llegarías a causa de la lluvia.

— Si, dentro de lo que cabe estoy bien— respondió ella— ¿Qué hora es?

— Apenas van a ser las once... ¿segura que estas bien?

— Si, si, tranquilo ¿Podrías venir por mí?

— En seguida.

Andrea colgó y se sintió plenamente aliviada, pero un hormigueo recorrió su brazo, aún tenía el celular del chico en su mano. Pensó en el hecho de que al tenerlo en su poder no podría hacer nada con las fotos que le tomó. Reviso la galería y su cuerpo se congelo al instante. En la galería había una cantidad increíble de fotos; diferentes chicas que, seguramente al igual que ella, tenían en sus rostros una expresión de terror causada por una experiencia similar, muchas extendiendo sus manos frente a ellas, otras cubriéndose el rostro, pero todas, absolutamente todas, aterradas. Había incluso algunas que podía notarse que habían sido agredidas y les escurrían hilillos de sangre por la frente y mejillas. Ver todas esas fotos causaron un horrible dolor de estómago. Ahora sabía que era lo que Saúl coleccionaba. Su cuerpo empezó a temblar de nuevo, pero ahora no se trataba del frio. Era un pánico absoluto. Con sus dedos delgados y temblorosos intento borrar todas las fotos, buscó en las opciones la de "Eliminar todo" pulso "Aceptar" y en seguida apareció un mensaje.

"Recuerda que en cualquier momento que quieras recuperar tus fotos, podrás hacerlo accediendo a tu cuenta en línea. Todos tus datos están

seguros gracias a tus copias de seguridad.”

Andrea soltó un grito que hizo que más de una persona volteara a verla con miedo. Arrojó el celular a las vías, se sentó en el suelo y abrazó sus piernas. No podía hacer más que llorar y esperar que las fotos que ese enfermo le había tomado no estuvieran en esas copias de seguridad.

Capítulo 5

EL HOMBRE DE LA MALETA.

Esta línea me da escalofríos, de todas las que conforman la red del metro esta es la que se encuentra a mayor profundidad. Ver las escaleras para bajar me da vértigo, ahora imaginar que debó bajarlas todas las noches después de un largo día trabajando, hace que quiera botar todo y conseguirme alguna otra cosa para ganar dinero, pero no puedo, al menos no algo que sea honrado. Siempre se me dio la oportunidad de seguir adelante, tuve facilidades que seguramente pocos tenían y las desaproveche. Deje que el alcohol me ahogara mientras aún era un estudiante, me entregué sin problemas a los vicios más estúpidos del mundo. Y ahora estoy aquí, trabajando en un lugar que detesto, recorriendo las larguísimas escaleras que parecen conducir a las entrañas de la tierra... aunque quizá sea afortunado por poder salir de estos túneles y ver el cielo cada día.

Ya es tarde, no sé qué hora sea y la verdad me da igual. Al menos aún hay gente aquí conmigo, bajando las escaleras, no estoy solo. Si lo estuviera, seguramente me volvería loco en cuestión de segundos. Miro en derredor y sólo veo caras apagadas, ojerosas, pálidas e incluso algunos rostros que reflejan una ansiedad que, para mi mala suerte, es muy contagiosa. Por lo mismo, me sorprendo demasiado al ver a un hombre que sonríe, tranquilo y que sinceramente se le nota muy cómodo dentro de estos túneles, como si para él no existiera ningún miedo al estar en esta profundidad casi asfixiante. Lleva con él una maleta, muy grande y por lo que se distingue muy pesada. La mueve con dificultad, llega lentamente al final de las escaleras y se dirige a las taquillas en donde comienza a platicar con la señorita que vende los boletos. Considerando que no es hora punta, no hay ningún problema en que lo haga. Además, aun cuando está ahí coqueteando con la chica, no representa una molestia, deja que la gente pase y compre los boletos, es tan agradable que incluso logra hacer que algunos sonrían.

Yo estaba unos metros detrás de él, como siempre me gusta tener boletos en la cartera no me detuve en la taquilla, pero la plática que tenían esos dos hizo que volteara, me detuviera y pusiera atención unos breves instantes. El hombre se despidió y avanzó con la pesada maleta por delante. Sus pasos eran muy lentos y cuando se enfrentó a los torniquetes tuvo dificultades para pasar al otro lado. Llevaba el cabello largo y una barba crecida, sus ropas estaba visiblemente viejas y gastadas además de que no era una persona muy alta. Todo esto capto mi atención, y aun cuando quería salir lo más rápido posible de ahí alenté mi paso solo para ver a esa figura que me resultaba ya un tanto graciosa. Ambos llegamos al andén casi al mismo tiempo, pero ya estando ahí, en su rostro empezaba a distinguirse lo que en todos lo que transitan por esta línea.

Sin embargo cuando se percató de que lo estaba observando me dedicó una sonrisa muy amable y levantó su mano en señal de saludo.

— Estos trenes... siempre tardan cuando uno tiene más prisa ¿verdad?— dijo mientras con la otra mano sostenía el asa de la maleta.

No sabía si contestarle, pero mientras pensaba si hacerlo o no, él comenzó a caminar de nuevo y esta vez se dirigía a las escaleras para cambiar de andén e ir en dirección opuesta. Estas escaleras pasan por debajo de las vías, a través de un grupo de arcos de medio punto que las sostienen, es de lo más común en el metro para cambiar de dirección, pero imaginar que aun aquí, donde la profundidad ya resulta sofocante, haya escaleras que vayan aún unos cuantos metros más adentro de las entrañas de la ciudad, no me agrada en absoluto. Afortunadamente nunca he tenido la necesidad de cruzarlas.

— Buenas noches...— dijo con una voz igual de agradable y bajo las escaleras.

Me quede esperando un rato a que pasara el convoy, pero estaba demorando demasiado. Aun cuando no era hora punta, la gente ya comenzaba a juntarse. La ansiedad que sentía estaba aumentando, pues ahora mi mayor temor estaba completo, un lugar encerrado con mucha gente alrededor. Si algo salía mal y todos empezaran a correr sin control seguramente alguien resultaría herido, podría ser yo, y la ayuda tardaría demasiado en llegar hasta aquí. Mis manos sudaban y comenzaban a hormiguear.

A veces cuando estoy así de alterado llegan a mi memoria tantas cosas desagradables de las que ha sido escenario el mismo metro. Muertes causadas por personas ebrias que repentinamente deciden empujar a alguien a las vías de metro, personas que caen desmayadas gracias a las temperaturas tan altas y la poca ventilación debido a que jamás han reparado el sistema de ventilación. Gente aglomerada alrededor de algún disturbio causado por los comerciantes ambulantes que se riñen a golpes con los policías que sólo hacen su trabajo. Es horrible viajar en metro, y más horrible hacerlo en esta línea que está rozando las entrañas de la tierra.

Mientras peleo con mi mente para sacar esas horribles imágenes el hombre de la maleta aparece nuevamente al otro lado de las vías. A lo lejos se escucha el distintivo sonido de un claxon, el convoy se acerca lentamente, aunque para mi mala suerte es el que va en dirección contraria, ese hombre es un suertudo. Pero cuando puse más atención en su figura me percate de inmediato que la maleta que llevaba consigo desapareció, ya no la arrastraba tras de sí como había hecho durante todo su trayecto. Esto me sorprendió demasiado, y por lo visto este hombre era excelente detectando las miradas pues nuevamente se percató de que

lo observaba y de nuevo me saludó. Alzó los brazos en señal de victoria y con una alegría inmensa esperó a que el tren llegase por completo a la estación y lo abordó. El bólido marchaba lento, pero no se detuvo mucho rato en la estación, pues recién había llegado y ya estaba cerrando las puertas nuevamente para avanzar. Mendigo suertudo.

Me asomé al túnel para ver si logró distinguir los faros del tren, estos tardan unos instantes más en aparecer, instantes que me parecen realmente eternos. Cuando llegó el metro el sudor frío que ya recorría mi espalda se sintió menos incomodo, por fin podría irme a casa.

Entre al vagón, afortunadamente había asientos disponibles y me desparramé sobre uno de ellos y cerré los ojos, estaba agotado. No estoy seguro de cuando tiempo pasó antes de que todo se convirtiera en una locura. Mi cansancio afortunadamente no intervino con mi olfato, así que pude distinguir como poco a poco se iba acentuando un ligero olor a hule quemado, pensé que ya estaba delirando pero cuando volví a abrir los ojos me di cuenta de que una niebla un tanto discreta comenzaba a hacer acto de presencia. Lo siguiente que recuerdo es a alguien gritando ¡Fuego!

Era verdad, el maldito tren tenía fuego en la parte de las llantas, eso explica el olor a hule quemado, pero no había tiempo de analizar que lo había causado, todos comenzaron a gritar, sin embargo no eran gritos de pánico, simplemente todos estábamos molestos porque evidentemente esto significaba que tendríamos que esperar un largo rato para que esto se resolviera. El barullo fue creciendo lentamente, algunos ya comenzaban a toser mientras otros se llevaban pañuelos a la nariz para evitar respirar ese humo que seguramente era potencialmente mortal. Un par de policías empezaron a llegar a la estación con unos extintores y ahogaron las llamas, eso era bueno en efecto, pero el humo ya era considerablemente denso. Los policías comenzaron a decirle a todo mundo que lo mejor sería salir de la estación. Muchos, o casi todos los del pequeño grupo de personas en esa estación a esas horas, empezaron a insultarlos, tener que subir tantas escaleras, aun cuando las escaleras eléctricas funcionaban, no resultaba para nada una idea atractiva. Entre los gritos logré distinguir el de una chica que prefirió informar a todos, en calidad de gritos, que ella iría en dirección contraria a esperar el tren, ya no soportaba el humo. No sé qué necesidad tienen a veces las personas de informar a todo mundo de lo que van a hacer. Fue desesperada hacia las escaleras y se internó en ellas.

Un grito terriblemente inundado de pánico surgió del hueco de las escaleras, la mujer era quien gritaba evidentemente, y al poco rato de haber entrado a las escaleras salió disparada, totalmente pálida.

— ¡P-POLICIA, HAY U-UN MALDITO MU-MUERTO A-A-HI ABAJO!— Gritó

antes de desmayarse.

Los gritos causados por el fuego se vieron acallados de inmediato con los primeros gritos desesperados de la mujer, pero después de escuchar lo que acababa de decir la cara de consternación se vio presente en todos los que ahí estábamos. Simplemente no lo podía creer. Y por lo que vi, no era el único incrédulo. Los mismos policías que extinguieron el fuego voltearon a verse y simplemente se dirigieron a la señora para ver si se encontraba bien, seguramente pensaron que era lo más importante, verificar que la viva estuviera todavía viva antes de ir a ver si el muerto estaba ahí en las escaleras. En consecuencia no impidieron que los curiosos se internaran en las escaleras. Un par de personas bajaron y lo gritos que soltaron estaban igualmente llenos de horror. Pero increíblemente eso no hizo más que acercar a más gente para comprobar lo que pasaba. Los policías no reaccionaron, seguían atendiendo a la desmayada.

En cuanto a mí respecta yo ya estaba totalmente desconcertado, los gritos de horror se repitieron un par de ocasiones más, pero paulatinamente la gente bajo en grupos más grandes a ver. Yo no creí que de verdad hubiera un muerto ahí en las escaleras. La situación definitivamente me ponía terriblemente nervioso, pero mi curiosidad ganó, me arme de valor y me dirigí a donde estaba el grupo de personas en las escaleras. Lo que vi me dejó helado, la maleta del hombre estaba ahí a mitad del pasillo, abandonada pero con los cierres completamente abiertos. Dentro de la maleta podía verse lo que parecía ser una persona que se introdujo en la maleta en un bizarro acto de contorsionismo. Un acto que ya resultaría asqueroso aun sin la sangre que había por todos lados. Yo sólo quería salir corriendo de ahí, pero me quede. No sé porque. Había algo en esa escena tan siniestra, algo que nos hacía quedarnos a todos, viendo simplemente como lucía un cadáver. Pero maldita sea ¡Es un jodido cadáver! No deberíamos estar viéndolo con tanto morbo, es una persona... o lo era... No puedo creer que en lugar de repugnarnos y ahuyentarnos estemos aquí rodeando el cadáver mientras se puede, ya que los policías, cuando por fin reaccionen seguramente nos obligarán a retirarnos. Mientras tanto... todos observamos.

He pasado mucho tiempo intentando olvidar este maldito episodio, pero hoy veo que en internet encuentras videos sobre lo que ocurrió ese día tan horrible, videos donde se le intenta dar seguimiento al hombre de la maleta por medio de las cámaras de seguridad del metro, pero según sé, jamás dieron con él. Pero también, y eso si sabes buscar bien, hay videos con imágenes del cadáver. De verdad quisiera olvidarlo, pero esta noche no será. Y me temó que no será posible en un largo tiempo.

Capítulo 6

“Y voy... y voy... espera... ¿Qué? ¿AAAAAH! ijajajá! --- Y voy...”

Me gusta bailar, ese no es un secreto, siempre voy bailando y aplaudiendo, le sonrío a la gente aunque ellos me vean con asco. Hoy bailo y canto, intento animarlos. Se ven taaaaan aburridos, que me gustaría saber que piensan para decirles “¡hey! tranquilo hermano, todo va a salir bien.” ¿Por qué la gente no dice lo que trae en la cabeza? Sería más fácil si lo hicieran, vivirían felices, al menos a mí me funciona. A veces me paro en las escaleras, hasta mero arriba, para esperar a que toda esa gente que baja del metro empiece a subir las escaleras, hoy me vine a parar a las escaleras de esta estación que tiene un color azul muy bonito. Desde arriba parecen bichitos, con trajes muy caros y bolsas llenas de basura, con el cabello bien arreglado pero la cabeza hecha un desastre. Unos caminan despacio, distraídos en sus celulares, otros corren e incluso suben las escaleras dando grandes saltos. Cuando me ven, aprietan la cara y sé que les doy asco ¡jajá! ¿Qué le puedo hacer? No tengo donde meterme a bañar, si acaso de vez en cuando me mojo un poco con el agua que cae del cielo, pero es que está muy fría y eso no me gusta. ¿En fin que decía? Oh, cierto. Cuando me ven se les ve en todita su cara que me tienen asco. Pero algunos me miran y abren los ojos bien grandotes. A esos son a los que me les quedo viendo a los ojos y cuando veo que se sienten muy incómodos... ¡AAAAH! Un grito bien fuerte para que salten. Algunos se ríen y se van, tal vez un poco asustados de verdad.

Si me pongo a pensar en cómo diablos fue que termine caminando siempre sin llegar a ningún lado, la verdad es que me empieza a doler la cabeza y no puedo tener un recuerdo claro. Me veo tumbado a las orillas de una pequeña cancha de fútbol que estaba a un par de calles del metro. Ni siquiera me puedo acordar que metro era. Estaba dormidito, sin molestar a nadie. Hacía bastante frío y cuando el balón me golpeó gusto en las nalgas me dolió bastante. Me levante despacito, con calma, mis ojos veían muy borroso y con los dedos me quite unas lagañas muy gruesas que me impedían abrirlos del todo. Al igual que mis ojos, mis oídos estaban como dormidos, solo escuchaba un zumbido bastante molesto y poco a poco escuché a lo lejos muchos gritos. Después ya no me golpeó el balón, fueron muchos puños que caían como cae el agua del cielo. No entendí porque decidieron comenzar a golpearme, pero no quería quedarme con esos locos así que me fui. Camine un rato, viendo las nubes, sintiendo el viento y escuchando a los carros y la constante desesperación de los cláxones sonando. Bip-bip, biiiip... ¡BIIIIIP! Parece que creen que con eso se resuelve todo, por más que tocaban seguían

avanzando igual de lento. Por mi está bien, me gusta ver tantos diferentes carros que hay en las calles, esas cositas que parecen escarabajos, otros alargados, o las camionetas. Pero ¿en que estaba? Ah, claro. Caminé un rato, no tenía prisa, y no me dolía nada a excepción de los golpes que me dieron esos salvajes, pero mi cabeza estaba bien, al parecer simplemente la noche anterior había decidido que acostarme a la mitad de una cancha de fútbol debajo de un puente era una buena idea. Pero no importa lo que hice el día que comenzó mi larga caminata, lo que de verdad es importante es lo que pasó antes. Estos recuerdos solo vienen en pedacitos, y creo que si los comparará con algo de comer, no serían más que las sobras, pequeñas migajas que por más que las juntes jamás serán un bocado completo. Ya me dio hambre. Pero no pensaré en comida, a ver... ya empecé a recordar ahora no puedo detenerme.

Primer pedazo, luz roja y mucho calor. ¿Qué hacía yo ahí parado? Pues quien sabe, pero hacía muchísimo calor, ¡ah! Y creo que además era de noche.

Segundo pedazo, una señora gritándome. Pero aquí es de día, y la señora mira hacia abajo, casi como si... ¿me estaba regañando?

No, no, no, mejor iré a buscar algo de comida. La panza ya me está gruñendo y si no le hago caso me empieza a dar lata y no me deja pensar con tanto ruido. Pero primero, ahí viene una niña muy bonita, ¿Cuántos años tendrá? ¡AAAAAAAH! Y salta, y grita, y me empieza a decir cosas feas, pero al final se rio. Bueno creo que hoy ya no gritaré más, ya me dio sed también.

No creo que en realidad tenga un solo amigo, es decir, si voy al puesto de quesadillas sé que el señor me va a dar una orden y un vasito de agua. Pero nunca me habla, simplemente me da las cosas en un platito de plástico y me dice, “—ándale vételas a comer allá— y señala la columna más lejana que hay —, pero acuérdate de regresarme el plato” Como sea, si me da de comer por mí no hay problema. Llegó a donde está la gente amontonada y entre gritos y reclamos el señor me ve, me extiende el plato y señala como siempre. Es ridículo ver que habiendo tantos puestos como este, aun haya gente que se prepare las cosas para ponerlas en lonitas y ponerse a vender a mitad del pasillo, estorbado a todos. Claro, no venden comida, pero con sus libros y sus papitas y todas esas chácharas que venden a no más de diez pesos nada más hacen que la gente se enoje con ellos y yo también me enoja y les grito, pero no como le grito a la demás gente, a ellos si les grito con un poco de odio. Yo sé

que no les importa. Pero ahora sí, ¡a comer!

“Y voy... Y voy...” ¿en qué pedacito me quede?

Acabo de comer y le doy su plato al señor que, como siempre, me ignoró y siguió trabajando. Ya le grite hoy a la gente, y me dieron ganas de bailar ahorita que apenas termine de comer. Voy a buscar una botellita para hacer ruido y darle ritmo a mis pasos. Mientras busco intentare recordar de nuevo todos esos pedacitos a ver si de pura chiripa sale algo nuevo. Entonces...

Tercer pedazo, yo jugaba con unos niños, estábamos pateando una lata y todo se puso más emocionante cuando, de la nada, una niña comenzó a jugar con nosotros. Este pedacito está dividido, porque justo después de que la niña llega a jugar con nosotros hay un pequeño espacio negro y poco a poco aparece un niño diciéndome que debía estar loco, que esas cosas no se piensan y que debería pensar seriamente en ir a un doctor de la cabeza, porque lo que estaba pensando era muy malo. Finalmente me empuja y se va corriendo.

Cuarto pedacito, la misma señora que me estaba regañando ahora la veo sentada, en una silla de madera. Está abrazando lo que parece ser una almohada. “—Más vale que la dejes en paz— grita y entre sollozos alcanzo a entender —, ¡es sólo una niña!”

Quinto pedazo...

que curioso, empieza a oler a pizza, y si sigo juntando los pedazos bien podrían juntarse como rebanadas de pizza, ¡jajá! Si los recuerdos me los pudiera comer, quizá aun así siempre tendría hambre. Veo una botella grandota, creo que era de agua, no importa, va a servir bien. Me iré ahora a la línea esa que es la única que tiene dos colores, un verde muy bonito pero se echa a perder por ese gris tan feo. Que poca imaginación tienen estos que hicieron el metro. Pero no importa, en estos trenes si puedo bailar a gusto porque no tiene tanta gente como otras líneas, o eso creo. La verdad no sé. Me iré al último vagón y mientras espero volteo a ver a la gente. Y les hago caras. Abro los ojos y sacó la lengua, o aprieto los cachetes y después dejo salir el aire como si fuera un pedo. Algunos ríen y yo río con ellos, no me da pena que me vean, que vean mis pies descalzos, o mi ropa sucia, o mi cabello largo, o mis dientes chuecos. Si

ellos ríen yo río con ellos. ¡Ya llegó el tren! ¡BIIIIIP!

Entonces entró y me quedo parado un ratito en el centro del vagón. Es para darle emoción. Levantó mi poderosa botella, y con el dedo froto la botella y de las líneas que la definen sacó un sonido muy agradable, comienzo a pisar fuerte como si el suelo fuese un tambor. Y canto... "Y voy... Y voy — ¿Cómo iba la canción? —... a traer el pelo suelto. ¡Voy a traerlo todo suelto!" Claro, esa frase se me queda a cada rato, no tiene nada especial, pero como es pegajosa. Y canto más fuerte, y aplaudo, y levanto las manos, y doy vueltas, y sigo cantando, y el tren avanza, y me caigo, pero sigo cantando. Si, definitivamente se ríen de mí. Pero estando en el suelo pienso...

Quinto pedacito, una noche agradable, con estrellas y estoy solo, solo pero con alguien a mis pies. Tengo entendido que es la hija de mi hermano. Espera... ¿tengo hermano? Bueno, como sea. Es una niña muy pequeñita, me sorprende que un humano tan pequeño pueda caminar y pueda ser tan feliz. ¿Qué le pasa a toda esa felicidad? Aquí en el metro solo veo caras apagadas. Pero regresemos, estamos solos los dos. Y ella ríe de una manera tan dulce. Anda pequeña, corre, corre tan rápido como tus piernitas te dejen. Creo que de todos los pedacitos este me gusta más. Corre, tambaleándose pero sin caerse y finalmente llega y me da un fuerte abrazo en la pierna. Yo simplemente la veo. Y la acaricio, y la mimo, y siento su cuerpecito.

Basta de reír en el suelo. Me levanto mientras camino entre la gente algunos me dan unas monedas. Las acepto. Después de todo, no es que me pueda dar el lujo de no recibir un poquito de dinero para comprarme un chocolatito o una paletita. Camino lento, muy despacio. Y mientras recibo las monedas... ¡AAAAAAAHH! Un gritito ahogado sale desde el fondo del vagón. Sigo así durante un rato. Cambio de vagones a cada rato y así hasta que me aburra. Aunque la verdad es que esta línea me gusta, y me gusta demasiado, porque la primera mitad está bajo la tierra, pero la otra esta justo afuera y me encanta ver como la luz de un día o los puntitos infinitos de las luces de la ciudad durante la noche se meten por las ventanas. Es algo muy bonito, pero creo que nadie lo ve. Y yo sigo cantando, y sigo aceptando las monedas, y sigo riendo, y sigo gritando, y sigo recordando...

Sexto pedazo, hace muchísimo calor, estoy todo sucio, y me arde la cara y las manos. Otra vez de noche, pero la luz roja desapareció. ¿A dónde se fue? Era tan bonita. Aunque no estoy seguro si este recuerdo es igual al

otro, el primero, porque aquí mis manos y mi cara arden, no puedo respirar bien y me veo extrañando la luz roja. ¿Por qué me arde tanto?

Último pedazo, este no me gusta, no quiero...

Llegué hasta la terminal de esta línea. Aquí conozco a un señor que vende unos taquitos chiquitos que guarda en una canastita bien bonita. Están riquísimos, siempre me da dos. Pero si le pido otro, me termina dando otros 4 más. Este señor no me dice que vaya a comérmelos lejos, pero tampoco me hace la plática. Sin embargo este siempre me dedica una sonrisa, la cual le devuelvo con mis grandes dientes amarillos de castor. Mientras devoro los taquitos, sigo dando vueltas. No tengo hambre, pero quiero más. Por suerte junte suficientes moneditas como para no pedir que me regale más tacos, le pido más pero también le extiendo la mano con un montón de moneditas. El señor se ríe pero las acepta de buena gana, me da otros 4 tacos. Como, mastico con la boca abierta y de nuevo aparecen las caras de asco. ¡Ñaaam! Y hago ruido al masticar. La comida hay que disfrutarla. Y ya me quiero ir. Veo que todos meten un papelito a esas cosas de metal que no dejan pasar a la gente, y después esas cosas giran. O a veces con una tarjetita la ponen cerca y Biiiip... que bonito suena. Yo no tengo nada de esas cosas así que me las brinco. No importa, jamás me han dicho nada. Y mientras bajo las escaleras, la veo.

... recordar. Corre niña, iaaaah! El monstruo te va a alcanzar, y piso fuerte, y hago ruidos y la niña ríe. Es tan pequeña. Jugamos tranquilos hasta que se escucha una puerta azotándose. Y una mano agarra a la niña y la aleja de mí. Ahora yo debo correr, y la niña no grita, pero me ve con sus enormes ojos y sé que esta triste. No lo puede decir pero no hace falta, sus ojos me lo dicen, lo gritan y retumba en mi cabeza a cada rato... “— Te dije que la dejaras— grita la persona que tiene sujeta a la niña— ¡Lárgate!” Y yo quiero correr, me acercó lo más que puedo, pero me empujan y huyen. Y yo, me quedó parado, viendo cómo se la llevan para dentro de la casa, y a mí, me dejan en el patio, con una cobija y algunos trastes sucios.

Es una pequeña que corre para ir en busca de la mano de su madre. Y corre veloz, alegre. Y sé que no es ella, pero se parece, y me acerco, y sonrío. La quiero cargar, pero simplemente acercarme recibo una bofetada, una buena patada entre las piernas y me doblo de dolor. “¡Alejate!” me gritan. Y yo, me quedó ahí de nuevo. Solo y adolorido. Todo arde en mi interior como lo que ardía ese día que vi la luz roja. ¿A dónde se fue la luz? Y más importante. ¿Qué estaba haciendo yo antes de

despertar en la cancha ese día?

"Y voy... Y voy... ... voy a seguir cantando y juntando pedacitos."

Capítulo 7

PERDÓN, NO TE VI

La radio se enciende. Está programada para encenderse todos los días a las 5 de la mañana. La música invade poco a poco la habitación y logra despertarme. Es tan hermoso despertar todos los días con música tan preciosa. Música clásica claro. Por el ruido que hay afuera y el cantar de todas las aves que tienen sus nidos en el gran árbol de en frente, me imagino que es un buen día para levantarse y prepararse sin prisa para tener un maravilloso día. Me siento en la cama y mis pies encuentran las pantuflas en el suelo, justo donde las dejo todas la noches. Estiro mis brazos. Me pongo de pie y camino un poco para estirar las piernas, luego hasta la ventana y siento el agradable calor de un día con un sol bastante agradable.

Si no mal recuerdo hoy tengo cita con el médico. Me dirijo a mi closet y escojo mi ropa, si a lo que hago se le puede llamar escoger, claro está. Camisas y playeras en los espacios del lado izquierdo, divididas en formales e informales. Las primeras en la repisa superior y las segundas en la inferior. En el centro, pantalones de mezclilla doblados en la repisa superior, los de vestir en la que está en el medio, y pants, shorts y cosas más informales hasta abajo. Finalmente, todos los calzados acomodados en las repisas del lado derecho junto a la ropa extra, es decir: calzoncillos, corbatas, calcetines y playeras sin mangas muy ligeras que ocupo por debajo de las camisas formales. Así pues, toda esta ropa extra está en la parte superior derecha, en medio tengo mis zapatos formales y al fondo los tenis más cómodos que pueden existir, y un par de pantuflas bastante suaves. Tomó un conjunto de todos los estantes que tienen las ropas casuales y me meto a bañar.

Mientras el agua acaricia mi piel escuchó que la puerta de mi pequeño pero, según todos los que me visitan, hermoso departamento. Escuchó el característico silbido de Gaby, una chica que es hija de una amiga mía de toda la vida, Marisol, pero siempre insiste en que todo el mundo del diga Mary. Silba sin parar y escuchó como deja su mochila en el suelo, se dirige a la cocina y empieza a mover cacerolas por todos lados. Me pregunto qué cocinara esta mañana. Cuando por fin salgo de la ducha no tardo mucho en arreglarme para salir a saludar a Gaby. Me siento en la pequeña mesita y Gaby se acerca, me da un beso en la mejilla y los buenos días.

— Espero que tenga mucha hambre señor— dice ella mientras el olor a tocino y un café, que siempre he pensado es el más delicioso en la tierra, me asaltan la nariz—, porque hoy vengo de buenas y le voy a preparar un

banquete celestial.

— Claro que si chaparra, imuero de hambre!

— Pues no se diga más señor, vamos a comer— y el vapor de un tocino bien frito, junto a un par de huevos revueltos, acaricia mi rostro—, porque esto frio ya no sabe bueno. Por cierto, mi mamá le manda saludos.

— Mándale los míos igual. ¿Cómo le ha ido? Escuché que ayer levantaron a todos los vendedores y se puso muy pesado. Creo que también escuché algo sobre una pelea.

Suelta un largo suspiro.

—Si... ya sabe que mi mamá es bastante rápida aun cuando esta gordita, logró irse antes de que todo explotara— hace una pequeña pausa y oigo como da un gran sorbo a su propia taza de café—, pero ese pobre niño...

— ¿Qué niño?

— No estoy segura de cómo se llama, solo sé que es hijo de la señora que vende dulces.

— Ni idea. ¿Qué le paso?

— Pues no estoy muy segura. Pero ayer mi mamá marcó a la casa y me dijo que estaba en el MP tratando de ayudar a los padres de un niño. El pobre no dejaba de llorar y le preguntaba a mi mamá que si sus papás iban a estar bien. Mi mamá no llegó a dormir, pero hoy en la mañana volvió a marcar a la casa para avisarme que está bien.

— ¿Y aun así estas de buenas?

— Si, bueno... ayer estuve todo el día con mi novio.

No me anime a preguntar más, seré viejo pero conozco muy bien los temas del amor juvenil. Además, estoy completamente seguro de que ella se ruborizo y no tenía intenciones de darme detalles. En fin, seguimos desayunando y poco a poco cambiamos de tema.

Ella siempre atenta a lo que necesito, por eso no tengo problemas en pagarle bastante y bien. Además, siendo la hija de mi amiga más querida no creo que tenga malas intenciones, por eso tampoco tengo problemas en dejarla sola en la casa cuando quiero salir a disfrutar de un buen día como este o tengo mis citas médicas. Terminamos el desayuno, me despido de ella y salgo al patio. Aunque vivo a pocas calles del metro y me conozco bastante bien el camino, nunca salgo sin Vigo. Después de

todo, más que mi guía, es mi amigo. Si pudiera subirlo al metro, sin escuchar los comentarios de la gente molesta por ver a un perro tan grande en los vagones, lo haría. En cambio sólo dejo que me acompañe al metro y le ordeno volver a casa. Mientras tanto, en esta trampa de transporte público sólo puedo guiarme por el mendigo bastón.

Seré ciego pero no inútil. Quizá yo no pueda ver a la gente que camina conmigo durante los trasbordos, pero en definitiva ellos si me ven a mí. No soportaría la idea de que, aun cuando me vean con el bastón y los distintivos lentes negros, pensaran que soy un ciego inútil que necesita pedir limosna. No ver me permite conocer el mundo de una manera totalmente distinta, y quien sabe, quizá más hermosa.

De no ser por el maldito loco que pasa gritando en la calle a todo pulmón no me hubiera despertado. No entiendo qué necesidad tiene la gente de levantarse temprano. Es algo por demás inútil. Simplemente me parece estúpido. Apenas es medio día y este loco, que por lo que sé tiene ese síndrome raro que hace que grite puras groserías, ya está gritando y mentando madres a personas que no existen. Pues no hay más que hacer.

Odio esta maldita pocilga a la que me veo obligado a llamar hogar. Apenas un pequeño departamento que a duras penas puedo pagar. Si no fuera porque mi hija trabaja y me da dinero quizá ya me hubieran corrido hace algunos años. Lo peor, mi esposa sigue dormida, y estoy seguro de que la maldita sigue tan cansada porque ayer se fue a revolcar con el bicitaxero ese. Es una cualquiera, pero a diferencia de los babosos con los que se acuesta a veces, yo la puedo tener todas las noches, cuando quiera y como quiera. En fin, para eso sirven las mujeres, para cuidar a los chamacos. Que por cierto, creo que uno de los niños no es hijo mío. Pero eso también me importa poco. Después de todo no debo pagarles escuela, los pongo a trabajar para que vean que la vida es difícil y que se necesita dinero para sobrevivir. Ahí los tengo en las estaciones del metro vendiendo chicles, o cantando, o contando chistes. Mientras sean unos chamaquitos les van a dar dinero. Ya cuando estén grandecitos los mandare a la meche para que anden de diableros o yo que sé, lo que me importa es que me den dinero.

Sin embargo, y esto es lo que más coraje me da, es que aunque recibo dinero de mi hija y de esos chamacos que no estoy seguro si realmente son mis hijos, no alcanza. Me veo orillado a ir al metro y conseguir dinero con puro ingenio. Si bien dicen que el que alega ser pobre es por pendejo. Aquí en este hermoso país la gente es inocente y rápido les sacas dinero. Sólo hay que ingeniarse buenas mentiras y sostenerlas hasta el final. Pues ni modo. Me levanto y busqué mi ropa que se ve bastante gastada, la pinte con cera para zapatos y la deje sin lavar unos días. Busqué mis lentes

negros y el bastón. Listo, vamos a sacarle monedas a los menudos del metro.

— ¿Ya te vas? — me dice mi vieja mientras se rasca la cabeza.

— Si. — le digo yo y me dirijo a la puerta.

— ¿A qué hora vas a regresar?

— No sé, ¿vas a meter a alguien para andar de loca, verdad?

— No empieces.

— ¿Yo? ¡Si tú fuiste la facilota que se fue con el bicitaxero ese!— le grito.

— ¡Ya déjame en paz! No sé porque no me largo de aquí, ¡tú estás loco!

Salgo del departamento y abro la puerta tras de mí. Si claro, yo soy el que está loco. Ella es la zorra que se acuesta con cualquiera. Cree que me creo sus mentiras de que sólo fue una vez y que ya solo está conmigo. Pero yo sé que sigue haciendo sus cosas. No soy estúpido. No importa, ahora debo concentrarme en mi papel de ciego desamparado.

Llego a los torniquetes y comienzo a golpear el suelo, como si estuviera buscando la línea guía. Cuando llego hasta el andén finjo un poco de desorientación y no tarda en llegar un inocente queriendo ayudarme. Me pregunta a donde voy, le miento diciendo que a la plaza central. Me encamina y como me ve tan descuidado me pregunta si necesito algo. Le digo que no como hace algunos días y en seguida saca su cartera y me da un billete de veinte pesos. Para el refresco, me dice. Estiro la mano un poco desviada de donde pone el billete, él sonríe confiado en que no veo y me lo pone en la mano. Tan fácil como siempre.

Salgo de la consulta con el doctor Ramírez y no hay nada nuevo bajo el sol. Tan ciego como siempre pero con ojos hermosos y saludables. Nada que pueda complicarme la vida. La enfermera siempre me halaga por mis ojos color gris. Me pregunto si de verdad se verán tan lindos como dicen y si en mi rostro se ven bien. Que mal que nací ciego, pero no importa. Me gusta imaginarme los colores. Y siempre muero de risa cuando le pregunto a algún desprevenido como es un color. Se quedan mudos e intentan explicarlo con palabras sin sentido y ahogándose en sus nervios. Es divertido, pero cuando notó que se empiezan a alterar simplemente me río y los tranquilizo. Ellos frecuentemente me toman de las manos y se disculpan por no poder encontrar las palabras para describir algo que ven todos los días. Yo ubico sus hombros y les doy algunas palmadas. “Tranquilo, solo quería ver lo que decías” y comenzamos a reír de nuevo.

Es bastante curioso cómo hasta hablar con un ciego se dan cuenta de que esa expresión tan cotidiana y común está mal formulada.

Hoy me siento de un humor especialmente bueno, creo que me aventurare a ir a alguna parte nueva de la ciudad. Tengo muchas ganas de ir al Parque Hundido, pero nunca me he atrevido. El mismo nombre hace que sienta un poco de miedo. Pero hoy me siento valiente. El único conflicto que tengo ahora es tratar de encontrar a alguien quien esté dispuesto a llevarme. Tengo una idea de hacia dónde debo dirigirme, pero lamentablemente de verdad necesito un guía, uno que por lo menos me deje en el parque, después, con mi bastón, podré pasearme a gusto, sintiendo el parque y paseando a través de los sonidos.

La idea me palpita en la mente y ahora sé que no podré sacarla. Agudizo el oído y en el trayecto intento escuchar a alguien que planeé ir al parque. Tengo bien claro que el hospital está lejos del parque, pero mientras el tren va dejando estaciones atrás sé que voy en la dirección correcta. Y poco a poco comienzo a escuchar conversaciones relacionadas al parque y sus alrededores. Parejas que disfrutaran de un buen día simplemente caminando agarrados de las manos y charlando, otros que quieren montar un pequeño picnic improvisado y gente que habla de lo curioso que es el parque por estar, aunque parezca obvio, hundido. Pasados unos pocos instantes me animo a preguntarle a lo que parece ser una pareja joven si podrían guiarme a ese parque. La idea parece no agradales del todo pero intentan mostrarse amables y terminan por aceptar de buena gana, después de todo ellos iban para allá. Me dicen que en el metro no llegaremos, que habrá que tomar el metrobus, pero no me importa. Apenas son la una de la tarde, así que podre estar un par de horas disfrutando del aire libre. Lo bueno es que tengo una excelente memoria, así que una vez que sepa cómo llegar, podre reconstruir el camino en sentido inverso y volver tranquilamente sin ayuda de nadie. No me gusta incomodar a la gente así que evito hacerlo lo más que pueda.

Íbamos llegando a la última estación de la línea del metro, donde podríamos tomar el metrobus, iba platicando con ellos muy a gusto y me enteré que en efecto eran pareja un par de chicos bastante alegres por lo que escuchaba y felices de estar juntos. No me importo para nada estar con ellos. Me ofrecían sus hombros para que los sostuviera y así guiarme, pero me negué, no porque me incomodara que fueran gay, lo que me incomodaba era pensar en la gente viéndome débil, necesitado de guía. Les pedí que simplemente platicaran, ya fuera entre ellos o con migo, pero con solo escuchar sus voces podría seguirles. Así lo hicieron y afortunadamente mantuvimos una plática bastante fluida sobre literatura, a ellos les sorprendió saber que dedicaba mis noches a leer unos libros en braille, "estará ciego señor, pero de verdad que no lo parece en absoluto" dijeron. Me sentí bastante alagado y les di las gracias. Íbamos caminando tan a gusto cuando repentinamente siento un fuerte impacto en el hombro e instintivamente, por sentirme atacado, lo primero que hice fue dar un

fuerte empujón. Por un momento pensé que estos chicos que parecían tan amables habían decidido atacarme y robarme lo poco que llevaba encima, pero en seguida escuché como los chicos le gritaban a alguien. Los gritos fueron incomprensibles por unos instantes, pero la gente al ver un conflicto de manera inconsciente guarda silencio y observa lo que pasa. Los chicos están bastante molestos y por lo que entendí la persona a la que le gritan empieza a defenderse alegando ser ciego y que en realidad yo lo ataque.

No es nada difícil sacarle moneditas a la gente, moneditas que poco a poco, al final del día, me suman un par de cientos de pesos. Dentro de los andenes me dedico a cantar cualquier canción que me venga a la mente, y levanto un brazo para "buscar" los tubos para agarrarme, y camino lento, con el otro brazo extendido y la mano abierta a recibir el dinero de la gente de buena voluntad(¡ajá!). De verdad que me sorprende que sean tan ingenuos. Y lo mejor de todo es que, en ocasiones, el metro va lo suficientemente lleno como para poder caminar sin molestar demasiado a la gente y de vez en cuando acercarme a esos hermosos traseros de las mujeres y chicas que viajan tan tranquilas en el metro. Algunas si me insultan, otras simplemente hacen cara de disgusto y otras seguramente se tragan el coraje y maldicen internamente. Lo cierto es que como me ven ciego no hacen nada. Alguna de vez en cuando me suelta un comentario estilo "seguramente si tuviera esposa no le gustaría que le hicieran eso" y yo no hago más que reírme por dentro. Si supieran que es una cualquiera seguramente se tragarían sus palabras. Además, si ella puede ¿por qué yo no? Y más aún, yo no tengo la culpa, ellas son las que van con esos pantalones tan pegaditos, esas faldas tan cortas y esos leggins que no dejan nada a la imaginación. Si no quieren que las traten así no deberían vestirse de esa manera; invitan a cualquiera a sentir la suavidad de sus nalgas.

Sé que todo esto no es para nada algo parecido a un trabajo, pero al final del día gano más dinero que muchos de los que viajan en esta lata anaranjada todos los días y además disfruto de estos pequeños placeres.

El día iba bastante bien, trate de adivinar cuánto dinero tenía a esta hora del día, sólo unos cien pesos. Pero mientras intentaba adivinar con exactitud lo vi. Como dije, esto depende del ingenio que uno tenga para sacar dinero a la gente. Había un hombre caminando y platicando cómodamente con un par de maricones que caminaban agarraditos de la mano. No sé si eran familiares o no, pero que más daba. Si yo hacía algo esos maricones seguramente no se meterían. Me acercaría al hombre en dirección contraria a la que él iba y fingiría que me atacó. Armaría un pequeño drama y cuando los policías del metro fueran a averiguar lo que paso seguramente se querrían llevar al vejete ese. Los maricones esos quizá lo defiendan y me ofrezcan dinero para que no levante demanda, y

si ellos no se meten seguramente el viejo si querrá arreglarlo con dinero. No era la primera vez que hacía algo parecido. Siempre había funcionado pero como dije, hay que ser inteligente. Siempre lo hacía con señoras o jóvenes que parecían bastante inútiles como para defenderse. Y siempre sacaba un buen dinero. A nadie le gusta ser visto como una persona capaz de lastimar a un ciego. La vergüenza podía darme más dinero iy en sólo unos cuantos minutos!

Yo estaba ansioso por celebrar nuestro aniversario. Él es el chico más lindo que he conocido. Siempre tan tierno, siempre atento a mí. Realmente estoy feliz de estar viviendo este noviazgo en una época en la que ya no miran con asco a las parejas como nosotros.

El día iba perfectamente, hasta que de repente se acercó este señor. Parecía bastante amable, su sonrisa dejaba ver una dentadura bastante bien cuidada para su edad, y olía bastante bien. No digo que este hombre nos haya arruinado el día, pero teníamos pensado pasar un día en el parque platicando y esperando que, con un poco de suerte, encontrarnos con un vlogger que había anunciado en su twitter que estaría ahí grabando unas escenas y firmando algunos autógrafos. Nunca se nos pasó por la cabeza que un ciego nos pediría ayuda, y mucho menos un ciego que parecía ver más que la gente que tiene unos ojos sanos. Pero si voy a contar esto, es importante que diga la verdad. Francamente no quería ayudar al señor. Pensé en que nos retrasaría y quizá no tendríamos tiempo para hacer todo lo que teníamos planeado para ese día. Pero él, siempre tan atento a los demás, me convenció con su mirada tan tierna. Tiene un poder sobre mí que a veces me da miedo. "va hacia donde vamos nosotros, en fin si estoy con él no importa" pensé. Pero haciendo honor a la verdad, el señor resultó ser una persona bastante agradable, no dejaba de platicarnos sobre todos los libros que leía. Yo que amo leer me vi aún más sorprendido cuando empezó a contarnos sobre libros juveniles y comparándolos con obras clásicas. Realmente era increíble que alguien así leyera tanto sólo con los dedos. Si tuve mis dudas en un principio, estas se desvanecieron casi en seguida. No había razón para creer que guiar a ese hombre sería una carga.

Lo que realmente arruino el día fue lo que sucedió después, ese hombre enano, sucio y con una voz bastante agravada, seguramente por el alcohol, se acercó a nosotros de una manera sospechosamente ágil. Vimos que en su apariencia de pobre llevaba un bastón con el que golpeaba ligeramente el suelo. Supusimos que también era ciego. Pero sus movimientos no parecían los de uno. Pero claro, después de convivir con el viejito tan alegre y ver que se movía con una soltura increíble no le dimos importancia. Lo que sucedió realmente me enfureció

El baboso este se atravesó y, casi como si hubiera tomado impulso, embistió al señor al que guiábamos. El señor ni torpe ni perezoso lo aparto de un fuerte empujón, se vio en su rostro una expresión de miedo pero desapareció al instante. Enojados, ambos comenzamos a gritarle al señor. No nos importó para nada que pareciera un ciego, lo que hizo pareció ser a propósito y con una intención real de herir a nuestro amigo. Pasados unos instantes el señor empezó a pedir disculpas, yo simplemente me gire y le dije que no debía preocuparse, que se calmara, nosotros resolveríamos esto. Y el señor intentó hacer que nos calináramos. La idea de que nos estábamos viendo completamente mal agrediendo, aunque fuera solo verbalmente, a un invidente comenzó a hacer que me sintiera culpable. Vi que el bastón con el que golpeaba el suelo cayó a unos pocos centímetros de distancia de su mano, y el permanecía en el suelo simplemente balbuceando cosas que no entendía. Quise dárselo yo mismo y en cuanto me acerque un poco primero note como el hombre se encogía un poco como si temiera que le fuera a pegar, eso fue lo primero que no parecía lógico, después, decidí acercarme de manera silenciosa para darle el bastón en la mano y ayudarlo a levantarse. En cuanto mi mano se dirigía al bastón el en seguida lo tomo y finalmente dijo.

— ¡no te atrevas, este bastón es mío!

Pero en seguida pareció notar su error y lo soltó, y comenzó a balbucear de nuevo.

No cabía duda, este era un hombre que se dedicaba a engañar a las personas. Me acerqué de nuevo pero esta ocasión con toda intención de hacerle pensar que lo iba a atacar. De nuevo se encogió temiendo el inminente ataque. Entonces agarré el bastón que él ya no volvió a tomar y lo amenacé.

— No engañas a nadie, será mejor que te largues de una vez antes de que él — señale a mi novio que ya estaba hecho una furia al descubrir el engaño. —no se va a contener y te va a romper toda la cara.

Comprendió que la cosa iba en serio y salió corriendo.

Cuando se hubo ido el señor que ya no decía nada y simplemente se quedó esperando una explicación. Me acerqué, puse mi mano en su hombro y le dije que no debía preocuparse, ya todo había pasado y que lo mejor sería seguir nuestro camino al parque. El no supo que decir aparentemente y simplemente asintió. Una hermosa tarde nos esperaba a los tres en el parque. No lo íbamos a dejar solo, además con sus hermosas platicas fue el complemento perfecto para nuestro día.

Capítulo 8

Si un corazón se rompe y no hay nadie a quien le importe ¿aun así debería afectarle a alguien?

Me gusta estar aquí sentado, sin preocupaciones y viendo como lentamente el sol se asoma tras de la silueta de los viejos edificios, que a esta altura (quizá unos 15 metros) no son más que pequeñas manchas con contornos definidos en donde habitan algunos cientos de personas. Personas que todos los días despiertan, y se ven lanzados sin piedad al terrible flujo de almas mecánicas con cuerpos de carne que se deben enfrentar a la terrible rutina. Tan perdidos están que nunca notan nada. Eventos que en un principio les afectaban, ahora no son más que una parte más de la siempre tediosa costumbre de la vida de hoy en día.

Si me vieras... ¿Qué pensarías? Después de todo jamás he visto a alguien levantar la mirada. Van todos tan perdidos. Puede que sea porque están en ese limbo entre el sueño que los agobia en las mañanas y el movimiento de un cuerpo que en apariencia está despierto. Simplemente se mueven, caminan, respiran y a veces sonríen, pero esto último es tan raro que, a veces, llegó a creer que las sonrisas, al menos las sinceras, ya no existen más. En sus caras no puedo percibir nada más que un cansancio terrible, y me aferro a la idea de que no distingo emociones en sus rostros debido a la altura. Todos llevamos un corazón en el pecho ¿verdad?

Imagino que en un breve momento, cuando estoy distraído, hay alguien en el andén que me ha visto y se pregunta qué hago aquí. Que en realidad no estoy loco. Un poco de calidez, un poco de interés, una pizca de preocupación, lo que sea. No importa si esa persona voltea su mirada hacía donde me encuentro el más mínimo instante, uno tan breve como el tiempo de un parpadeo. De verdad me gustaría que esa persona existiera.

Pienso en cómo todas las mañanas podemos estar tan solos (pues al parecer conforme pasan las horas podemos empezar a entablar conversaciones) cuando estamos sumergidos en un mar de gente. Caminamos entre cientos, por no decir miles, de personas todas las mañanas y jamás nos dedicamos a pensar en alguien que no seamos nosotros, nosotros y nuestros problemas, o triunfos, o simplemente con la mente perdida en nimiedades tan absurdas que no son suficientes para llenarnos de algún sentimiento. Compartimos espacio y tiempo con el mundo y con frecuencia nos vemos obligados a hacerlo. Estamos enlatados en los vagones del metro, tan apretados los unos contra los otros que puede ser asfixiante, una cercanía incluso más intrusiva que

cuando hacemos el amor. Resulta más incómodo ir rozando nuestro cuerpo con el de otra persona; aun cuando estamos vestidos, es a veces hasta asqueroso. Tal vez por eso nos aislamos, pero hoy... hoy no me apetece pensar que es así.

En esta hermosa madrugada adornada por puntos blancos en el cielo, tan pequeños que a veces me resisto a creer que en realidad son estrellas, me gustaría sentir algo. Ya no hay dolor, ya no hay penas, no hay más lágrimas. Ya todo queda atrás, jamás me recuperare. Quiero sentir algo. Algo más que la gravedad.

Si un corazón se rompe y no hay nadie a quien le importe ¿aun así debería afectarle a alguien?

AL MEDIODÍA SE DA UNA BREVE NOTA INFORMATIVA:

ACCIDENTE CAUSA RETRASO EN LA LINEA B DEL METRO

Un trabajador de mantenimiento del STC se encontraba esta madrugada (05:40 hrs.) en una valla publicitaria cercana a las vías del metro. Tras haber hecho el cambio del anuncio, resbaló y cayó de una altura de 16 metros, aterrizando sobre las vías. El incidente causó gran inconformidad, pero el STC resolvió con eficiencia el lamentable accidente.